

Un muerto de segunda mano

Original de Manuel Carlos Cid González

carlosgerena@yahoo.es

Premiada en el XXV Certamen de Teatro Mínimo Rafael Guerrero, de Chiclana de la Frontera (Cádiz)

Estreno en el Teatro Moderno de Chiclana el 21/3/2025

por la Asociación Cultural TAETRO,

Interpretada por Jaime Barbosa, Fernando López, Rocío Agüera y Carolina Terremoto.

Dirigida por Natalia Vázquez.

Interior de una casa de empeños y compra-venta de artículos de segunda mano. Al fondo un cartel que pone: *EL AVE FÉNIX. Casa de empeños. Compraventa de todo tipo de artículos.* La puerta de entrada, a la derecha del espectador, es acristalada. La habitación está repleta de estantes con objetos variopintos en exposición. A la izquierda del espectador, hay un sillón. En el centro, un mostrador de madera al que se le notan los años. Sobre él, un teléfono. Se oye una sirena que se acerca y se aleja. Julia está detrás del mostrador con un libro en la mano y recitando ensimismada.

Julia: *En la mitad del barranco / las navajas de Albacete, / bellas de sangre contraria, / relucen como los peces.* (Por la cristalera de la puerta entran destellos azules, intermitentes, al paso de la sirena. Es un coche de policía). *Una dura luz de naipe / recorta en el agrio verde* (Entra Alberto asustado, apresurado. Julia sale de su ensimismamiento y mira a Alberto, que se apoya de espaldas junto a la puerta, escondiéndose del exterior, pero intenta disimularlo rascándose la espalda en la pared) / *caballos enfurecidos / y perfiles de jinetes.*

Alberto: (*Un poco asfixiado*). **En la copa de un olivo / lloran dos viejas mujeres. / El toro de la reyerta / se sube por las paredes.**

Julia y Alberto: (*Al unísono, mirándose los dos*). **Ángeles negros traían / pañuelos y agua de nieve.**

Julia: Buenas y lorquianas tardes. ¿Qué desea?

Alberto: Pues, si le digo la verdad, he entrado de casualidad. Y me alegro. ¿Le gusta García Lorca?

Julia: Pues sí. Me gusta la literatura en general: poesía, teatro, novela negra...

Alberto: ¿Poesía y novela negra?

Julia: ¿Qué pasa?

Alberto: Que están muy lejos la una de la otra, ¿no?

Julia: Yo no lo veo así. Usted ha seguido recitando conmigo el poema *Reyerta* de Lorca, por lo que entiendo que conoce usted el *Romancero Gitano*.

Alberto: Lo conozco, pero no me gusta. Mucho gitano, mucha navaja, mucho muerto... Lo mío es la novela de misterio. Soy escritor. Alberto Duque, a sus pies (*Le besa la mano con reverencia*).

Julia: (*Coqueta*). Julia Canga, para servirle ¿Y no cree usted que cada poema del *Romancero Gitano* es como una novela de misterio, como una novela de Agatha Christie?

Alberto: Pues mire, Julia, la poesía no es lo mío. La leo porque uno es del oficio y hay que estar al tanto de la competencia. Lo de Lorca y Agatha Christie no lo había pensado nunca.

Julia: Pues dele usted una vueltecita al tema y de camino, dese usted una vueltecita por la tienda, por si encuentra algo que le interese.

Alberto: (*Mirando el letrero y mostrando mucho interés*). Pues no sé yo que le diga ¿Compra y vende usted de todo?

Julia: De todo.

Alberto: ¿De todo, de todo?

Julia: De todo.

Alberto: ¿Y muertos?

Julia: (*Sorprendida*). ¡¿Cómo?!

Alberto: ¿Qué si compra y vende usted muertos?

Julia: ¿Se refiere usted a momias, a animales disecados o a qué?

Alberto: No, no. A muertos, muertos. Yo tengo uno en el coche...

Julia: (*Horrorizada y retrocediendo en el mostrador*). ¡¿Cómo?!

Alberto: Sí, sí. Fresquísimo. Ni huele ni nada todavía.

Julia: Mire, no le compro un muerto, porque luego, venderlo de segunda mano... creo que me va a costar trabajo, pero le vendo un ataúd seminuevo, muy poco usado.

Alberto: Julia, se lo dejo baratito. Luego usted lo embalsama, lo sienta en este sillón, con un sombrerito de época y le sirve de maniquí. (*De repente, cruza corriendo. Mutis derecha*).

Julia: (*Sorprendida*). Desde luego, lo que no me pase a mí... Con lo tranquila que yo estaba, recitando, y que llegue un tío loco como éste... (*Busca en el libro la página donde estaba leyendo*). ¡Ay, Lina, qué peligro tiene esa puerta! Esperemos que no vuelva. (*Retoma la lectura*). **Ángeles con grandes alas / de navajas de Albacete. / Juan Antonio el de Montilla / rueda muerto la pendiente, / su cuerpo lleno de lirios / y una granada en las sienes. / Ahora monta cruz de fuego, / carretera de la muerte.** (*Se oye una sirena que se aproxima. Entra Alberto apresurado, con esfuerzos, con un hombre en los hombros. Se apoya en la pared, escondiéndose. Entran destellos intermitentes de luz azul y la sirena se aleja. Sorprendida, y mirando a Alberto, sigue recitando, con intención*). **El juez, con guardia civil, / por los olivares viene...**

Alberto: (*Cuando se deja de oír la sirena, atraviesa la escena con esfuerzo*). Mire usted que oportuno el versito de Lorca. (*Sienta al hombre en el sillón, de cualquier manera*).

Julia: (*Sorprendida*). ¡Pero, pero...! ¿Esto qué es?

Alberto: El muerto. Se llamaba Ángel. Ahora estará con sus colegas, en el cielo. ¿Qué? ¿Le gusta?

Julia: ¡¿Que si me gusta?! ¡¡No!! ¡Se parece a Manuel, el de la chirigota del Bizcocho!

Alberto: (*Mira por la tienda, ve una chistera, corre por ella y se la pone a Ángel, que está desmadejado en el sillón*). ¿Qué le parece ahora? (*Intentando recomponerlo*). ¿Mejor?

Julia: ¡¿Pero está usted loco?!

Alberto: *(Sin darle importancia a la cosa, como lo más normal del mundo).* Yo lo veo bien. *(Intenta sentarlo lo mejor posible, pero se le resbala y casi se le cae dos o tres veces).* Ayúdeme un poco.

Julia: ¡¡Yo qué le voy a ayudar!!

Alberto: Pues no vamos a llegar a ningún sitio.

Julia: ¡A dónde quiere llegar!

Alberto: Si no me ayuda, no podrá verlo bien. Además, debe estar incomodísimo en esa posición.

Julia: ¡¿Cómo va a estar incómodo un muerto?!

Alberto: Venga. No sea tiquismiquis. Ayúdeme un poco, que le voy a hacer buen precio. *(Le ayuda y lo dejan sentado con la chistera, que se ha caído y vuelto a poner varias veces).*

Julia: ¡Aquí solo compramos y vendemos antigüedades!

Alberto: Mujer, la verdad es que antiguo, antiguo, no es. Lo acabo de envenenar. Pero lo puede vender como de segunda mano y en muy buen estado.

Julia: ¡¿En buen estado?!

(Charlando se van al centro del escenario).

Alberto: Claro. Yo lo he envenenado. La piel está íntegra, no como la de los gitanos de Lorca, cosidas a navajazos.

Julia: Vamos, que el muerto no se sale.

Alberto: Para nada. Solo tiene los agujeros que suele tener un muerto. No se sale por ningún sitio.

Julia: Pues mire, es una ventaja.

Alberto: ¡Hombre, claro! *(Ángel se va resbalando y van rápido a colocarlo bien).*

Julia: Y digo yo ¿no rezumará?

Alberto: ¿Cómo? *(Vuelven al centro de la escena).*

Julia: Verá usted. Los botijos tienen los agujeros que suelen tener los botijos, pero rezuman, y, dado que Dios hizo al hombre de barro... pues, digo yo... que, a lo mejor...

Alberto: ¡Qué va, qué va! Estando vivo sí. Estando vivo perdía tela de aceite.

Julia: ¡Encima de asesino es usted homófobo!

Alberto: ¡¿Yo?! (*Ángel se va resbalando. Van rápido a colocarlo y vuelven al centro*).

Julia: ¿No le da vergüenza burlarse de la condición sexual de un cadáver?

Alberto: ¡Señora, yo no le faltó el respeto a nadie! Este individuo era un mecánico de los buenos, pero muy guarro trabajando. Lo ponía todo perdido de aceite. ¿No ve cómo se resbala?

Julia: Perdone usted. Retiro lo de homófobo, pero lo de asesino lo dejo.

Alberto: Estoy de acuerdo.

Julia: Y si no es mucho preguntar... ¿por qué lo ha matado?

Alberto: Pues, la verdad, por un berrinche, por un pronto.

Julia: ¡Hombre! Por un pronto... Un envenenamiento requiere premeditación y alevosía.

Alberto: Sí. Es verdad. Mire usted. Ángel era mi mecenas. Yo, en agradecimiento, siempre mencionaba su taller en mis libros, pero ahora, en la que va a ser mi obra maestra de intriga, él quería que pusiera la propaganda y el logo del taller en la portada. (*Corriendo, mutis derecha*).

Julia: ¡Ay, por Dios, por Dios! ¡Qué hago!... Llamaré a la policía. (*Se dirige al teléfono, nerviosa. Marca varias veces, pero sin acertar*). ¡Por Dios ¿Cuál es el número de la policía?!

Ángel: (*Despertándose mareado, con voz de ultratumba*). El cero noventa y uno.

Julia: (*Horrorizada, deja caer el teléfono y se esconde tras el mostrador*). ¡¡¡Aaaaah!!!

Ángel: (*Aturdido y horrorizado por el grito de Julia, se esconde detrás del sillón*). ¡¡¡Aaaaah!

Alberto: (*Entra rápido con folios en las manos. Al no ver a nadie, horrorizado, grita y se le caen los folios, que quedan esparcidos por el escenario*). ¡¡¡Aaaaah!!! ¡¿Dónde está Ángel?!

(*Recogiendo los folios de cualquier manera*). ¡Por Dios, por Dios! (*Julia y Ángel, asustados, se asoman discretamente*). ¡Qué desgracia! ¡Mi novela por los suelos! ¡Esto traerá mal farío!

Ángel: (*Con miedo, asomando la cabeza*). ¡Canalla! ¡Asesino! ¡Mal amigo! ¡Analfabestia!

Julia: (*Desde detrás del mostrador, con miedo, asomando solo la cabeza*). ¡Eso, eso! ¡Asesino!

Alberto: (*Terminando de recoger*). ¡¿Cómo voy a ser un asesino, con lo mal que lo he matado?!!

Ángel: ¡Pues igual de malas son tus novelas! ¡No las lee nadie! ¡Son dinero tirado a la basura!

Alberto: (*Yendo hacia Ángel y deteniéndose en el centro*). ¿Qué sabrás tú de literatura?

Ángel: *(Cogiendo un jarrón de una estantería)*. ¡No te acerques, que te descalabro de verdad!

Julia: ¡Cuidado, Ángel, que el jarrón vale dos mil quinientos euros!

Ángel: ¡Pero en estas circunstancias...! ¡¿Me va a cobrar usted?!

Julia: ¡Si le acierta y lo descalabra, se lo dejo en mil y si no acierta, se lo dejo en dos mil!

Ángel: ¡Bueno, algo es algo!

Alberto: ¡Julia...! ¡Qué con ese dinero se edita mi novela!

Julia: ¡¿Y a mí qué?! Yo tengo que mirar por mi negocio.

Alberto: Desde luego, no se puede uno fiar de nadie. El veneno que me ha vendido el camello, ni es veneno ni nada, y encima, el sinvergüenza, me ha denunciado a la policía. ¡Habrá que ser cínico! ¡Y luego usted, dándole facilidades a este desgraciado para que me descalabre!

Julia: ¿Y qué quiere usted que haga? En las novelas nunca ponen quién paga lo que se rompe, y yo no sé si el seguro se hace cargo de eso.

Ángel: De todas formas, señora, mil euros por esto... ¡Y si no le acierto... dos mil! ¡Mucha tela!

Julia: Pues coja usted aquel bastón, que es de acebuche. Cincuenta euros. Casi irrompible y barato.

Alberto: ¡Con lo ilusionado que venía yo a enseñarle mi novela, por si le interesaba patrocinarme!

(Se acerca la sirena. Sale corriendo despavorido hacia la calle haciendo mutis derecha. Julia sigue asomada detrás del mostrador. Ángel, detrás del sillón. Esperan unos segundos, se miran y, con gestos, se preguntan ¿qué hacemos? ¿salimos? Por la puerta entran destellos de luz azul).

Voz en off: ¡Alto a la policía! ¡Contra la pared! ¡Queda usted detenido!

Alberto: *(Desde fuera)*. ¿Yo? ¿Por qué? ¿Yo qué he hecho? *(Cesan los destellos. Se aleja la sirena)*.

Julia: *(Saliendo al centro)*. ¡Vaya tardecita! ¡Con lo tranquila que estaba yo declamando a Lorca!

Ángel: *(Saliendo de detrás del sillón)*. ¡No me diga! ¿Es usted actriz?

Julia: Aficionada. Me gusta mucho la literatura y el teatro. *(Suspirando)*. Y el faranduleo. ¡Qué me gusta el faranduleo...! ¡Eso sí que es un veneno, y no lo que le han dado a usted!

Ángel: Pues lo de hoy, ha sido un pasillo de comedia, con nosotros de protagonistas.

Julia: ¡Quite, quite! Yo prefiero esto. *(Muestra el libro que leía, Romancero Gitano)*.

Ángel: ¿Qué leía?

Julia: Pues mire, algo casi como lo de esta tarde. Se titula *Reyerta*, y cuenta la historia de un gitano, Antonio el de Montilla, que se casó con una paya. En una pelea entre payos y gitanos, le dieron un navajazo, matándolo y dejándolo tirado en el monte, con una granada en la cara.

Ángel: ¿Quién pagaría el entierro?

Julia: ¿Cómo?

Ángel: Perdone. Es broma. Conozco la obra ¿Me leería un trocito para que se me pase el disgusto?

Julia: Le leo el final, que viene muy en consonancia: ***La tarde loca de higueras / y de rumores calientes / cae desmayada en los muslos / heridos de los jinetes.***

Julia y Ángel: (*Mirándose, al unísono*). ***Y ángeles negros volaban / por el aire del poniente. / Ángeles de largas trenzas / y corazones de aceite.***

Telón